

Una Remington Classic en el sótano

Tac tac tac tac tac.

Oigo como me llega desde el sótano el ruido de las teclas de la *Remington Classic* golpeando el papel. Lleva varios días así, intentando sacarme de quicio. Pero lo verdaderamente terrible es que allí, en el sótano, no hay nadie.

13 Julio de 1969 22,45 h

Los dos estaban tumbados desnudos sobre la paja en la parte alta del establo. María sonreía mientras pasaba los dedos sobre el cabello de un muchacho moreno que dormitaba con la cabeza apoyada en su regazo. Abajo, los caballos habían empezado a relinchar nerviosos.

Primero vieron el humo subir en remolinos intermitentes, tras él aparecieron con fuerza las llamas. Antes de que pudieran terminar de vestirse, la plataforma de madera se desplomó atrapando a María. Tenía medio cuerpo debajo de los tablones, el muchacho intentó sacarla de allí pero era demasiado peso para que una persona sola pudiese levantarlo.

-Voy al pueblo a buscar ayuda -gritó-. Aguanta María, en poco rato estaré de vuelta. Te lo prometo.

Al salir del establo sintió el viento helado cortar el rostro como si arrastrara cientos de cuchillas. Enfiló a todo correr el camino del pueblo para avisar a los vecinos, sino se daba prisa en poco rato María moriría. Ni siquiera miró atrás, a su espalda las llamas crepitaban con fuerza.

Treinta años después

Antes de terminar la misa el cura anunció el próximo enlace matrimonial entre Esperanza y Vicente. Al salir de la iglesia les di la enhorabuena.

-Que seáis muy felices.

-Y que usted lo vea, don Alfredo -me respondieron los jóvenes novios.

Aquella misma noche escribí una escueta nota en mi vieja máquina de escribir *Remington Classic*: “¿Supiste si lo de tu novia fue niño o niña?”. En dos días la recibiría el bueno de Vicente. Entonces se la enseñaría a Esperanza. La chica tendría que contarle que mientras estaba sirviendo en la capital se quedó preñada del hijo del dueño y tuvo que abortar en una clínica de Salamanca. También le diría que eso fue hace muchos años, cuando apenas contaba diecisiete.

Algo así debió ocurrir porque la boda se suspendió. En el pueblo se dijo que habían discutido por alguna tontería de la casa que iban a construir, que si uno quería la fachada de ladrillo caravista y el otro de piedra rústica.

-Las discusiones empiezan por tonterías -me decía doña Engracia mientras le escribía la receta de comprimidos *Parateuril*-. El caso es que formaban una buena pareja ¿No le parece doctor?

-Pues parece que no lo eran tanto -contesté gritando porque doña Engracia que era medio sorda, se había olvidado de ponerse el *sonotone*.

.....

Desde hace doce años acudo todos los viernes por la noche a casa de mi buen amigo Edelmiro a tomar una copa y echar unas partiditas de ajedrez que normalmente se alargan hasta pasada la medianoche. Él y su esposa son unos excelentes anfitriones que siempre me reciben con una sonrisa de bienvenida y una botella de coñac. Aquel viernes último de mayo, me encontré con un ambiente cargado de tensión.

-Perdona -se disculpó Edelmiro-, no me acordaba de nuestra partida.

-Si llego en un momento inoportuno...

-¡Por Dios! -insistió mi amigo-. Tú nunca molestas.

Rosita, su esposa, tenía los ojos llorosos. Enseguida me di cuenta de que el horno no estaba para bollos. Me miró con severidad reprochando mi presencia allí. Hasta el más lerdo de la comarca se hubiera dado cuenta de que quería que me marchase.

-Pues nada -dije con excesiva jovialidad-, venga esa partidita. Hoy me voy a tomar la revancha del otro día.

Edelmiro es infinitamente mejor que yo al ajedrez, tanto que nunca hasta aquella noche le había ganado. Le hice trizas, tal vez esa noche le faltase concentración o puede que su cabeza estuviese en otro sitio, pero el juego es el juego. Después de la tercera partida oímos unos gimoteos provenientes de la cocina.

-Está triste porque Luisito ha suspendido el examen de ingreso.

-¡Vaya!

-Quería estudiar telecomunicaciones.

-Es una lástima. ¿Echamos la última?

Me imaginaba que le apetecía tanto como meter la cabeza en el brasero aunque no se negó, su exquisita educación le impedía hacerme un feo. Volví a ganar. Después miró el reloj y dijo que ya era tarde. Antes de marcharme volví a oír el llanto de Rosita.

-Dile que no se preocupe si Luisito no hace telecomunicaciones, hay un montón de carreras que tienen más salida.

-Se lo diré.

Había sido una velada perfecta. Cuatro partidas jugadas, cuatro victorias. La noche era excelente para andar, soplaban una brisa suave y las estrellas poblaban el cielo. Mientras paseaba recordé aquella tontería del suspenso de Luisito. Mi amigo debería haberse inventado una excusa mejor para justificar las lágrimas de su mujer. Algo con más...contenido dramático. No pretendía que me contara que su mujer había recibido una nota en la que decía de forma escueta que su marido tenía una joven amante en la capital con la que se reunía una vez por semana. Eso se suponía que no le importaba a nadie.

Lo mismo pensé yo mientras escribía el anónimo. Nadie tiene porque saber que Edelmiro tiene una amante en la capital. Bueno, excepto su mujer.

.....

-¡Órdago a grande! -gritó el que iba de mano.

Marcial me guiñó los dos ojos. Dos reyes. Me pilló distraído, precisamente en aquel instante me estaba preguntando si mi compañero de *mus* era o no homosexual. Yo creía que sí pero carecía de pruebas. Marcial regentaba la farmacia del pueblo. No es que tuviese excesivo trajín y sin embargo había puesto desde hacía varias semanas un letrero en el escaparate “Se necesita un ayudante” cuando debería haber escrito “Se necesita ayudante”. Sospechoso ¿no? Para confirmar mi teoría sabía que la hija de doña Jacinta, que era licenciada en farmacia, se ofreció para el puesto y había sido rechazada.

Marcial volvió a guiñarme los ojos casi con desesperación.

-¡Queremos y ganamos! -dije al fin.

.....

El mal suele estar oculto, camuflado en una apariencia inocua. Permanece en estado de hibernación esperando su oportunidad para salir a flote y cuando al fin sale, salpica como si tirases un tomate podrido contra la pared y cada partícula, cada minúscula partícula, se convierte en pecado. No es que sea por norma general, es que lo es absolutamente siempre de la misma manera que después de llover sale el arco iris, que un ternero se convierte en vaca o que de una bellota en terreno abonado sale un alcornoque.

Y es que la mayoría del prójimo duerme a pierna suelta sin tener necesidad de darle vueltas al coco. Duermen diez horas por la noche y después de comer si tienen que echar una cabezada pues la echan sin problemas. Pero siempre hay tipos como yo que no pueden hacer la vista gorda así como así y vemos como un buen día el mal deja su estado latente y campa a sus anchas. Entonces se algo me dice que tengo que mover el culo, que no debo estar tumbado en el sofá rascándome los huevos viendo como todo se llena de porquería. Y me digo: “si no lo haces tú, no esperes que nadie pierda un minuto de su asqueroso tiempo en acabar con el pecado”.

Poco después de Semana Santa, Marcial encontró al fin ayudante de botica. Tendría alrededor de treinta años, buena planta y el rostro grave. Al día siguiente de su contratación fui a la farmacia. Lo encontré sirviendo unas pastillas a doña Engracia.

-Le ha dicho *Parateuril*. Si le da *Paradisine* puede quedarse tan tiesa como un pata de cordero en el congelador -le interrumpí.

El nuevo ayudante me miró con fastidio antes de que le aclarase quien era:

-Soy el médico del pueblo -dije con una sonrisa.

Le di la mano. Murmuró alguna disculpa y yo hice gestos de que no pasaba nada. Era el estreno, ya se sabe. Por descontado que la sorda de Doña Engracia sin el *sonotone* no se enteraba de la misa la media.

-He venido para que le diga a Marcial que hoy no puedo ir al casino -dije- ¡Ah!, y no se olvide de leer bien las recetas, a ver si vamos a tener algún disgustillo.

-No se preocupe, no volverá a suceder.

Y salí de la farmacia. De haberme vuelto me hubiese encontrado con una mirada fulminadora. Decididamente el ayudante de boticario y yo habíamos empezado con mal pie.

.....

Una mañana de domingo encontré un sobre sin sello ni remite en el suelo. Era un anónimo: “¿Te gustan jovencitas, verdad?”. Estaba escrito a máquina, como los que yo mandaba. No me lo esperaba. ¡Que me ahorquen si sabía que coño hacer! Sólo se me ocurría que alguien supiera de mis aficiones y quisiera darme a probar mi propia medicina. Durante todo el día estuve dándole vueltas. Por fin el lunes a la mañana fui a ver a Paco el alguacil. Le tendí el anónimo y me hizo un gesto como el que acaba de comprobar que el agua al mezclarla con tierra sale barro.

-Ya le dije yo que no le mandara la carta, que usted era de fiar. Pero él insistió.

-¿De que me hablas? -pregunté aparentando sorpresa.

-Es secreto. Nadie sabe de que se trata excepto los que nos ocupamos del caso -miró a su alrededor con cautela exagerada y continuó dándose bombo-. Desde hace tiempo se están enviando unos anónimos muy comprometedores a algunos vecinos. La mayoría no lo ha denunciado, ya sabe, por no remover la mierda, pero por lo que se ve el alcalde debió recibir uno de ellos diciéndole más o menos que su hija era algo ligera de cascos, cosa que por supuesto el alcalde considera una calumnia y está decidido a encontrar al autor. Por eso vino el detective.

-¿Es verdad eso?

-¡Toma claro! Más puta que las gallinas. Vaya anónimo de los cojones, si lo sabe todo el mundo.

-Digo lo del detective.

Paco miró de nuevo a su alrededor para comprobar que no le oía nadie.

-Es supersecreto. No puedo decirlo.

-Vamos Paco -le apremié-, no me vengas con chorradas. Acaso no te acuerdas del informe que redacté para que tu mujer cobrara la pensión por invalidez.

-Y es verdad que está hecha polvo de la columna, además...

-Además recuerda que en cualquier momento puedo mandarla a pasar de nuevo una revisión.

En poco rato me puso al corriente de la situación. Ser chismoso le viene de familia. Pues eso, me contó que ni la guardia civil ni los alguaciles sabían como encarar lo de los anónimos, entonces decidieron pedir ayuda a la policía nacional. A los pocos días vino desde Madrid un experto, se reunió con los defensores de la ley y les explicó su plan. Se introduciría en el pueblo sin que nadie supiera su verdadera identidad para investigar más eficazmente. Al mes de llegar ya tenía una lista de sospechosos. Entonces pensó que sería una buena idea mandarles un anónimo para ver como reaccionaban.

-¿Y quién es el detective?

Paco me hizo prometerle que no solicitaría la comparecencia de su mujer ante el tribunal médico. Se lo prometí y él dijo:

-Es muy listo. Anda buscando una máquina de escribir un tanto rara, con un pequeño defecto en la letra *ese*. Una *Remington Classic*, creo.

-¿Pero quién es? –le apremié.

-El ayudante de boticario.

Una vecina encontró a Doña Engracia tirada en el suelo del pasillo de su casa. Llevaba muerta casi veinticuatro horas. Me avisaron para levantar el cadáver. Cuando llegué sólo estaban algunos vecinos y la pareja de la guardia civil.

-¿De que ha muerto? -me preguntó el cabo.

-Habrá que hacerle la autopsia, pero me figuro que de muerte natural. ¿Por qué me lo pregunta?

-Por esto. Lo llevaba en la mano.

Me tendió un papel, un anónimo. Lo leí con detenimiento aunque ya sabía lo que ponía. “Su difunto marido estaba enamorado de su sobrina Loli”.

Regresé a mi casa. A eso del mediodía llamaron a la puerta, era el falso ayudante de boticario. Dijo que se llamaba Lozano y que era policía. Sin la bata blanca parecía mayor.

-Esta vez se ha pasado -me espetó-, ha cometido un asesinato.

-¿De que me habla?

-Le hablo de que ha conducido a una mujer a la muerte, de su macabro juego, de esas cartitas que va echando por ahí. Le he seguido de cerca y a mí no me engaña porque sea el médico del pueblo. Es usted un psicópata que se sirve de su profesión para vengarse.

Me miró con detenimiento como si estuviese ante una mierda insignificante. Le sostuve la mirada. Todavía no podía demostrar un carajo, así que no había porqué preocuparse.

-Sí, lo sé todo -dijo remarcando cada letra con aire de suficiencia-. Sé que odia a todo este pueblo por algo que pasó hace años. Me contaron lo del incendio. Su novia, una tal María, estaba en el

establo achicharrándose, usted fue a buscar ayuda pero llegaron tarde. Nadie se dio demasiada prisa en mover el culo. Mal hecho. Unos hijos de mala madre los de este pueblo.

-Unos cobardes –puntualicé-. Grité y golpeé en cada una de las casas pidiendo auxilio para María, pero no me abrían, cuando lo hicieron ya era tarde.

-¡Ya! Por eso hay que vengarse de todos ellos, hacerles pagar su cobardía. También he hablado con un tal doctor Ferré, director de un hospital en Gerona y compañero suyo en la universidad. Cuando le expliqué por teléfono lo que quería, el tipo se mostró con ganas de colaborar. Me preguntó donde paraba su viejo colega Alfredo Núñez y yo le conté que estaba de médico en su propio pueblo. “¡Vaya!-exclamó-, pensaba que estaría ocupando algún puesto de importancia. Alfredo era un alumno brillante como pocos, pero a veces, sin venir a cuento, se comportaba de manera extraña. Parecía uno de esos predicadores que salen en las películas. Se le iba la olla”

Lozano se dio una buena soba de rajar sobre mi pasado aunque no tenía una sola prueba. Estábamos como al principio. Siguió mirándome como si tuviera monos en la cara mientras hurgaba con un palillo entre unos dientes ligeramente torcidos. Un minuto, dos minutos. El palillo se rompió por la presión, también su paciencia acababa de agotarse.

-Vaya con el doctor. Le acabo de decir que es un psicópata de dos pares de cojones y el tío ni se inmuta. Si señor, el doctor tiene sangre fría. Aunque he visto casos como el suyo, apuesto a que cuando lleguen dentro de un cuarto de hora mis ayudantes con una orden de registro y encontremos esa maldita *Remington Classic*, se va a cagar por las patas abajo.

“¡Mierda! –pensé para mí-, eso cambia las cosas”. Si había un registro en mi casa encontrarían bajo la alfombra del comedor la trampilla que bajaba al sótano. Allí tenía escondida la máquina de escribir, la *Remington Classic*. De todas formas sabía que las cosas podían llegar a ese punto y como buen médico siempre he defendido que es mejor prevenir que curar, dar antes que recibir, cargarse a una vieja antes de que un detective soplapollas te coja de las pelotas.

-Creo que no va a venir nadie a poner patas arriba mi casa -dije con tranquilidad.

-¿Como?

-Lo que ha oído, estúpido aficionado. A falta de los resultados oficiales de la autopsia, le voy a decir como murió doña Engracia. Puede que estuviera leyendo un anónimo pero fue una puñetera casualidad porque lo que ponía allí le importaba un pimiento. Yo lo sé de primera mano, la buena mujer no soportaba al gandul de su marido y si estaba enamorado de esa mema pues allá ellos, que lo disfruten. Así que mientras desayunaba tranquilamente y se preguntaba quien era el capullo que había escrito semejante chorrada, se tomó su medicación diaria, dos pastillas de *Parateuril*. Las venía tomando desde hace años y se sentía como un reloj. Pero ese día después de engullirlas resulta que le entran unos sudores instantáneos y luego le da un infarto. Catapún. En eso llega Paco el alguacil diciéndome que vaya a toda leche a casa de Doña Engracia. Cuando llego ante el cadáver me encuentro con una sorpresa, hay una caja de pastillas sobre la mesa. Una caja que no debería estar allí y que se llama *Paradisine*. ¡Vaya! La miro y veo que le faltan dos pastillas. Entonces me viene a la cabeza una pregunta que estoy seguro de que usted puede ayudarme a encontrar la solución. Esa pregunta es la siguiente: ¿Quién fue el irresponsable que le dio a Doña Encarna una caja de pastillas equivocadas?

Mientras yo estaba hablando Lozano hizo varias veces mención de protestar, sin embargo cuando acabé se quedó mudo. No dijo ni pío, estaba estrujándose el cerebro buscando alguna respuesta. Como no le llegaba ninguna debió ver lo que se le venía encima si yo iba con la historia de las pastillas a sus jefes. Homicidio por imprudencia. No terminaba ahí la cosa porque el cuerpo policial, como máximo responsable de la operación, también estaba en el ajo. Mal asunto para ellos y para sus carreras si alguien de la prensa aireaba este caso.

-¿Que podemos hacer? -balbuceó.

Se lo expliqué. El plan era muy sencillo. Ambos debíamos olvidarnos un poquito de nuestra ética profesional.

13 Julio de 1969 23,30 h

Al doblar el recodo del camino, el muchacho vio las luces del pueblo. Desde la sierra llegaba el ruido del viento ululando como si fuera una manada de lobos hambrientos. Mientras corría iba dándole vueltas a un asunto: María y el bebé. El futuro bebé que aquella estúpida tenía en su vientre. ¿Y si el incendio del establo no fue casual del todo? ¿Y si fuera una señal? Sí, una señal, una advertencia divina. Puede que aún disponía de otra oportunidad a cambio de purgar su culpa, tal vez le habían elegido para combatir pecados como el suyo. Pecados de la carne.

“Le he prometido volver con ayuda—se dijo”. Pero sin apenas darse cuenta dejó de correr. Caminó despacio hasta la entrada del pueblo. Al llegar a las primeras casas se detuvo al cobijo del viento. Oculto en la oscuridad pensó que aún podía salvar su prometedora carrera de medicina. Luego encendió un cigarrillo. Desde allí se veía el ligero resplandor de las llamas desvanecerse paulatinamente. Dentro de poco en el establo no quedarían más que cenizas. María ya debía estar achicharrada. Él era libre de nuevo.

Al cabo de un rato, el muchacho apagó con tranquilidad su segundo cigarrillo y saliendo del escondrijo, el muy cabrón empezó a gritar como un poseso:

-¡Fuego! ¡Fuego!

Treinta años después

Llevo varias noches sin pegar ojo, con los nervios rotos, hechos puré. Además he vuelto a beber. Hoy es trece de julio, sí, hace ya treinta años del incendio. Estoy en mi despacho bebiendo vodka como un cosaco. Tengo la ropa empapada de sudor a pesar de que el ventilador está puesto a la máxima velocidad. Oigo el ruido. Tac tac tac tac. Quiero engañarme, pensar que sólo es una alucinación pero sé que es un ruido real, el de unas teclas golpeando un papel. Viene del sótano. Apuro el último trago y me digo que tengo que poner fin a esta situación antes de que mi cerebro estalle. Así que voy hasta el comedor, levanto la trampa y enciendo la luz. Mis piernas se

arrastran, el alcohol hace el resto. Mientras bajo las empinadas escaleras de madera se oye el traqueteo de la máquina. Tac tac tac tac tac. Al llegar al rellano veo la *Remington Classic* sobre la mesa. No hay nadie junto a ella pero las teclas golpean frenéticamente contra un folio. De pronto el ruido cesa llenándose la estancia de un silencio malsano.

Un sudor pegajoso me cae por la nariz. Mi rostro pálido y desencajado debe asemejarse al de una figura de cera derritiéndose. Noto la presencia de María, puedo sentirla dando vueltas alrededor de mí. Casi rozo su piel rugosa, quemada por el fuego.

Miro al vacío o a donde quiera que se encuentren las almas en pena y grito:

-¡Fue una señal! ¡Una señal divina! Lo siento, lo siento.

La *Remington Classic* vuelve a golpear las teclas, esta vez muy despacio. Me acerco a la máquina y saco el papel del carro. Hay sólo una frase escrita. Pone: “TE ESTABA ESPERANDO”.

Luego algo me rodea, parecen unos brazos. Están fríos como el hielo.

Sólo entonces reconozco el gélido abrazo de la muerte.

FIN

Autor: Armando Ruiz – Cárcar

Primer Premio VII Certamen de cuentos Villa de Cárcar